

DELFIN GARCÍA GUERRA (1933-1998)

Hace algunas semanas los historiadores de la medicina españoles quedábamos conmocionados con la noticia del fallecimiento, en la madrugada del día 7 de abril y mientras se encontraba trabajando en su domicilio, de uno de nuestros compañeros: Delfín García Guerra. Meses antes, mientras le veíamos presidir una de las mesas con las que celebrábamos en Madrid el nonagésimo cumpleaños de D. Pedro Laín y le escuchábamos algunos comentarios sobre la marcha del Congreso de la S.E.H.M. que estaba organizando, nada hacía suponer tan luctuoso suceso. Quienes nos considerábamos sus amigos tenemos que superar así, junto al abatimiento y tristeza que siempre acompañan la desaparición de alguien a quien se aprecia, el profundo estupor que provoca lo inesperado de una muerte que le ha impedido disfrutar por más tiempo de ese sueño hecho realidad que para él representaba poder enseñar la disciplina que le entusiasmaba en la Universidad de su ciudad de origen.

Delfín García Guerra había alcanzado en 1996 la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Santiago de Compostela, de la que fue primer titular. Con ello culminaba una peculiar carrera profesional que se inició al obtener la licenciatura en Medicina y Cirugía por esa Universidad en 1956. Comenzó entonces a ejercer como médico en Villagarcía de Arosa con notable éxito. Delfín mantenía un grato recuerdo de esta larga etapa de su vida. Al conversar con él, resultaba fácil apreciar hasta qué punto las experiencias humanas y profesionales acumuladas durante aquellos años, que a veces constituían la fuente de divertidas y entrañables anécdotas que sabía narrar con enorme gracia y agudeza, le habían dejado una honda huella que, siendo muy evidente en el terreno afectivo, no dejaba de manifestarse también en su manera de abordar su actividad como historiador de la Medicina. Delfín comentaba cómo la obra histórico-médica de Laín, a la que se había acercado ya en la década de los cincuenta, le había servido para acometer en una mejor posición el duro quehacer cotidiano con los pacientes. Además del interés intelectual que la historia de la Medicina despertaba en él, fue esta positiva valoración de la misma como disciplina capaz de enseñar a los médicos a comprender mejor su labor profesional la que

le condujo años más tarde a aprovechar una estancia en Madrid para seguir el curso de doctorado que Laín impartía sobre esa materia en la Universidad Complutense. Tiempo después, en un precioso y emotivo prólogo escrito para el primer libro publicado por Delfín, Laín rememoraba su encuentro con éste manifestando la mezcla de «fortuna» y «responsabilidad» que para él había supuesto la decisión de «aquel médico de Villagarcía de Arosa» de «dedicarse al cultivo de la Historia de la Medicina» afrontando «el reto de componer una tesis doctoral sobre la historia del Hospital Real de Santiago». Pues bien, Delfín García Guerra supo superar con solvencia esa «verdadera prueba de fuego» que, según indicaba Laín, representa para un historiador de la Medicina «la resurrección (...) de la vida de un hospital». Bajo la dirección de éste y de José Luis Peset, completó un formidable estudio sobre *El Hospital Real de Santiago en el siglo XVIII* que le iba a servir en 1977 para obtener su grado de Doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad Complutense.

A partir de entonces la vida del ya Dr. García Guerra iba a experimentar un vuelco considerable. Su deseo de convertirse en profesional de la historia de la Medicina le iba a conducir a abandonar progresivamente su cómoda y estable situación económica y personal en Villagarcía. La comprensión y apoyo de su familia, y muy especialmente la disposición de su esposa Ángela para compartir los sacrificios que ello iba a representar, fueron sin duda un elemento esencial para ayudarle a seguir adelante con su determinación de dar un giro tan acusado a su vida personal y profesional. Un momento significativo de esa transformación lo representó su nombramiento en 1982 como Profesor Adjunto contratado en la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense. Su posición como docente universitario iba a consolidarse ya de forma definitiva en 1984 al alcanzar el cargo de Profesor Titular numerario dentro de esa misma institución. Para entonces, Delfín había publicado ya en 1983 su libro sobre *El Hospital Real de Santiago (1499-1804)*, y numerosos trabajos sobre la historia de la asistencia médica en Galicia habían visto la luz en las páginas de *Asclepio*. Comenzó entonces una etapa en la que su interés se desplazó hacia el ámbito de la teoría de la enfermedad en la Francia del siglo XIX. Ello le iba a permitir dedicar gran parte de su tiempo a una actividad con la que disfrutaba especialmente: la lectura y el contacto directo con los textos de los principales clínicos franceses del pasado. La presencia de viejos volúme-

nes aparentemente desordenados y situados en los lugares más inverosímiles de su despacho se convirtió así, junto a la brumosa atmósfera que en él producía el humo del tabaco negro que Delfín fumaba sin cesar, en seña de identidad de un espacio en el que pasaba largas jornadas de trabajo y al que cualquiera —por ejemplo, como era entonces mi caso, un aspirante novato a historiador de la Medicina— podía acudir con la confianza de que iba a ser bien recibido y la seguridad de que iba a obtener útiles comentarios y observaciones sobre los problemas que nos plantea cotidianamente nuestra actividad profesional. Al visitante de aquel habitáculo se le hacían también pronto visibles un tipo de libros, a veces porque de forma accidental tropezaba con una de las pilas en las que se acumulaban en equilibrio casi inestable, que le sirvieron para desarrollar unas de sus líneas de investigación más significativas: medicina y literatura. Delfín compartía con Luis Montiel la opinión de que el estudio de las obras de creación literaria representa un valioso medio para la reconstrucción histórica de la Medicina y, lo que es más, que la lectura de determinadas novelas ofrece al médico la posibilidad de adentrarse en el análisis de diversas cuestiones relacionadas con la enfermedad, la muerte y el ejercicio profesional desde perspectivas extraordinariamente enriquecedoras. Todo ello conseguían transmitirlo en un curso de doctorado en el que, acudiendo como alumno, tuve ocasión de apreciar los atributos que, en mi opinión, más sobresalían en la figura de Delfín como orador: una enorme precisión y riqueza en el uso del lenguaje, y una capacidad formidable para transmitir las ideas de forma ordenada y fácilmente accesible al auditorio. Esos rasgos es posible apreciarlos también en sus escritos en los que, además, como se puede apreciar en los numerosos trabajos que publicó en esa época en la revista *Jano* y en su libro sobre *La condición humana en la obra de Emilia Pardo Bazán* (1990), no sólo afloraba su buen conocimiento de la narrativa realista y naturalista española, sino también esa ironía y fino sentido del humor que tanto le caracterizaban.

En 1989, ante la convocatoria de una Cátedra en la Universidad de Oviedo, Delfín se planteó la posibilidad de dejar Madrid. Tras ganar la oposición, y tomar posesión de su nuevo cargo en diciembre de 1990, se trasladó a la capital asturiana. De este modo, no sólo nos abandonó un excelente compañero, sino que también, al arrastrar consigo a Ángela, nos arrebató también la posibilidad de compartir a diario entrañables

momentos de amistosa charla con quien se había convertido desde años antes en nuestra desinteresada, eficaz y, sobre todo, amable bibliotecaria. Me consta que los años transcurridos en Oviedo fueron muy gratos para ellos. Además, Delfín aprovechó para desarrollar una fructífera labor investigadora que se iba a plasmar de manera destacada en dos libros escritos en colaboración con Víctor Álvarez Antuña: *Lepra asturiensis: la contribución asturiana en la historia de la pelagra (Siglos XVIII-XIX)* (1993); y *La enfermedad mental en la obra de Faustino Roel (1821-1895): los orígenes de la asistencia psiquiátrica en Asturias* (1995).

Su traslado como catedrático a Santiago en 1996, un lugar con el que permanentemente estuvo unido por lazos afectivos, sirvió así no sólo para permitirle retomar una tarea con la que él se sentía obligado, la de la investigación en torno al pasado de la Medicina en Galicia, sino para reencontrarse también con una ciudad y unas gentes cuya lejanía provocaban en él evidentes sentimientos de *morriña*. No ocultaba Delfín la enorme satisfacción que le producía su último destino docente. Así me lo expresó recientemente mientras departíamos en torno a la labor que estábamos desarrollando en el proyecto de investigación en el que ambos habíamos vuelto a coincidir, y que le había llevado a tener muy avanzada la elaboración de un libro sobre la enseñanza de la Medicina en Santiago.

No podrá ya Delfín continuar su labor docente e investigadora. Las páginas de *Dynamis* sirven así de nuevo para cumplir con la ingrata tarea de despedir a otro compañero que nos ha dejado cuando todavía esperábamos de él numerosas y valiosas aportaciones a nuestra disciplina.

Descanse en paz.

JOSÉ MARTÍNEZ PÉREZ
Universidad Complutense de Madrid